

¿Sabes Cuánto Vales a los Ojos de Dios? | Gedeón y el mensaje que cambia todo

La identidad de Gedeón y el verdadero valor personal

Gedeón es reconocido en la carta a los Hebreos como un héroe de la fe, aunque no era un hombre famoso, no tenía un gran ejército y tampoco poseía una percepción clara de su propio valor. Cuando Dios se encontró con él, Gedeón estaba escondido, trabajando con miedo y sintiéndose insignificante. Sin embargo, su historia nos enseña que la manera en que nos vemos a nosotros mismos no siempre coincide con la manera en que Dios nos ve.

El relato de Gedeón se encuentra en los capítulos 6 y 7 del libro de Jueces. Israel llevaba siete años bajo el dominio de los madianitas, quienes, junto con los amalecitas, saqueaban las cosechas y destruían los recursos del pueblo. Ante esta situación, los israelitas se refugiaban en cuevas y cavernas para protegerse de sus enemigos.

En medio de aquella crisis, Gedeón intentaba preservar el trigo escondiéndose de los madianitas. Su situación reflejaba miedo, inseguridad y una profunda sensación de impotencia. Esta experiencia también puede reconocerse en la vida de muchas personas que, aunque participan en actividades religiosas y desean servir a Dios, dudan de su valor y creen que no tienen lo necesario para cumplir un propósito.

La perspectiva de Dios frente a la inseguridad humana

El valor de una persona no debe medirse según los estándares del mundo, las opiniones de la familia, las experiencias escolares, los logros profesionales o la cantidad de seguidores en las redes sociales. La verdadera identidad, desde la perspectiva bíblica, comienza en el origen de cada ser humano y en el valor que Dios le ha otorgado desde la creación.

Cuando el ángel de Jehová se presentó ante Gedeón, lo llamó «varón esforzado y valiente». Esta declaración resulta sorprendente porque Gedeón no estaba demostrando valentía de una manera evidente. Se encontraba trillando trigo en un lagar para ocultarlo de sus enemigos, una tarea poco apropiada para aquel espacio cerrado, pero que le permitía intentar proteger su alimento.

Dios no se dirigió a Gedeón definiéndolo por su escondite, su temor o sus circunstancias. Lo llamó según el propósito que tenía para él. Antes de pedirle que hiciera algo, le recordó una verdad fundamental: Jehová estaba con él.

Esta escena nos invita a comprender que nuestra identidad no depende exclusivamente de lo que estamos haciendo en el presente. Las circunstancias pueden ser difíciles, las emociones pueden debilitarnos y los resultados pueden no ser los esperados, pero ninguna de estas cosas tiene por qué convertirse en la definición definitiva de quiénes somos.

El escondite y la tendencia a subestimarnos

La historia de Gedeón recuerda la experiencia de quienes, por miedo o decepción, se apartan de aquello para lo que fueron

creados. Algo semejante ocurre con Simba, el personaje que huye y vive lejos de su hogar hasta que su padre le recuerda quién es. Antes de recuperar su propósito, necesita recordar su identidad.

Gedeón también necesitaba recordar quién era ante los ojos de Dios. El mensaje divino llegó antes de que realizara una gran hazaña. No tuvo que demostrar primero su capacidad, derrotar a sus enemigos ni convertirse en un líder reconocido para recibir aquella declaración.

En la vida cotidiana, muchas personas permanecen escondidas de maneras menos evidentes. Hay empleados que nunca comparten sus ideas por temor a equivocarse, amas de casa que minimizan el valor de su trabajo y personas que guardan sus talentos porque creen que otros son más capaces. Algunas renuncian a sus sueños antes de intentarlo, convencidas de que no tienen suficiente preparación o de que sus esfuerzos no serán reconocidos.

Por eso, resulta importante preguntarnos qué áreas de nuestra vida hemos mantenido ocultas por inseguridad. Tal vez haya dones que no estamos utilizando, sueños que hemos dejado de lado o responsabilidades que evitamos porque creemos que no somos suficientes. La perspectiva de Dios nos invita a mirar más allá de nuestras limitaciones y reconocer que nuestro valor no comienza cuando logramos algo, sino que forma parte de nuestra identidad.

El impacto del rechazo, la soledad y las etiquetas negativas

Cuando Gedeón escuchó el mensaje del ángel, expresó su frustración. Se preguntó dónde estaban las maravillas de las que habían hablado sus antepasados y manifestó la impresión de que Dios había abandonado a Israel, entregándolo en manos de los madianitas. Después de siete años de opresión, miedo y

pérdidas, su pregunta reflejaba el dolor de alguien que no lograba comprender lo que estaba viviendo.

Las experiencias dolorosas también pueden afectar la manera en que las personas se perciben a sí mismas. Un despido, un divorcio, una burla o una experiencia de rechazo pueden llevar a alguien a pensar que no tiene valor. El problema aparece cuando esa interpretación deja de ser una reacción ante un acontecimiento y se convierte en una identidad permanente.

Una persona puede haber sido rechazada sin ser alguien indigno de amor. Puede haber cometido errores sin que estos definan toda su historia. También puede atravesar una temporada de soledad sin que eso signifique que carece de importancia para los demás o para Dios.

La soledad es una realidad significativa en el mundo actual. La Organización Mundial de la Salud informó el 30 de junio de 2025 que aproximadamente una de cada seis personas experimenta soledad, una situación asociada con unas 871.000 muertes anuales. Estos datos ponen de manifiesto la importancia de prestar atención a las relaciones humanas y al bienestar emocional.

Aunque vivimos en una época de hiperconectividad, tener numerosos contactos digitales no garantiza sentirse acompañado. Un adolescente puede mantener conversaciones en línea y, aun así, experimentar una profunda sensación de aislamiento. Por eso, necesitamos recordar que las personas no solo requieren conexión, sino también relaciones en las que puedan sentirse escuchadas, valoradas y aceptadas.

La respuesta de Dios ante el temor y la duda

Dios no respondió a la queja de Gedeón con una reprimenda. En lugar de condenarlo por su inseguridad, le ordenó que fuera

con la fuerza que tenía para salvar a Israel y le aseguró que lo enviaba personalmente.

La respuesta divina contrasta con la percepción de Gedeón. Él creía que su pueblo había sido abandonado, mientras que Dios le hablaba de su presencia y de la misión que debía cumplir. La fuerza a la que se le invitaba a recurrir no consistía únicamente en una capacidad humana extraordinaria, sino en la compañía de Dios.

Este principio también puede ayudarnos cuando enfrentamos el rechazo o la sensación de no ser suficientes. Las circunstancias no determinan por completo nuestro valor, y las opiniones ajenas no tienen la autoridad definitiva para establecer nuestra identidad.

Es importante examinar las etiquetas negativas que hemos aceptado a lo largo de los años. Tal vez alguien nos dijo que éramos incapaces, que nunca llegaríamos lejos o que no teníamos nada especial. Quizá una experiencia nos llevó a repetir esas palabras hasta convertirlas en nuestra propia voz interior.

Sin embargo, el valor personal no se origina en un currículum, una posición social o una lista de logros. Desde la perspectiva bíblica, se relaciona con nuestro origen y con el hecho de haber sido creados por Dios. Recordar esta verdad puede ayudarnos a cuestionar las conclusiones que hemos construido sobre nosotros mismos a partir del dolor.

El origen divino y la verdadera humildad

Gedeón intentó justificar su incapacidad para liberar a Israel señalando que su familia era pobre y que él era el menor de su casa. Desde su perspectiva, sus circunstancias familiares y su posición dentro del hogar demostraban que no era la persona

adecuada para semejante tarea.

La respuesta de Dios volvió a centrarse en su presencia. Un patrón semejante aparece en los relatos de Moisés y Jeremías, quienes también expresaron dudas relacionadas con su capacidad para cumplir el propósito que habían recibido. Ante la pregunta de quién podía realizar aquella tarea, la respuesta divina apuntaba a que Dios estaría con la persona enviada.

Génesis 2:7 explica que Dios formó al ser humano del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida. Esta imagen presenta dos verdades que ayudan a comprender la identidad humana. El polvo recuerda nuestra fragilidad y nos protege del orgullo, mientras que el aliento de vida señala la dignidad que recibimos de Dios.

La humildad verdadera no consiste en despreciarnos ni en negar todo lo bueno que existe en nosotros. Tampoco significa repetir constantemente que no servimos para nada. Ser humilde implica tener una percepción equilibrada de uno mismo, reconocer nuestras limitaciones y, al mismo tiempo, aceptar nuestras capacidades y el valor que Dios nos concede.

La soberbia nos lleva a pensar que somos superiores a los demás, mientras que el menosprecio nos hace creer que somos inferiores y que no tenemos nada que aportar. Ambas perspectivas distorsionan nuestra identidad. La humildad nos permite reconocer quiénes somos sin exagerar nuestros méritos ni negar nuestra dignidad.

Somos una obra de Dios y tenemos un valor único

El valor de una obra de arte no depende únicamente del marco que la rodea, sino también de quien la creó. De manera semejante, nuestra identidad no debería quedar determinada por las etiquetas externas, las comparaciones o las opiniones de

otras personas.

Efesios 2:10 presenta a los creyentes como hechura de Dios. El término griego «poíema» se relaciona con la idea de una obra realizada, una creación que expresa el trabajo de su autor. Esta imagen permite comprender que la vida humana no debe tratarse como algo insignificante o carente de propósito.

Cuando una persona se desprecia continuamente, termina cuestionando también aquello que Dios ha hecho en ella. Reconocer nuestro valor no significa creer que somos perfectos, que nunca cometemos errores o que no necesitamos cambiar. Significa comprender que nuestras imperfecciones no anulan nuestra dignidad ni impiden que podamos crecer.

El miedo puede disminuir cuando dejamos de interpretar cada dificultad como una prueba de nuestra falta de valor. En lugar de esperar a sentirnos completamente preparados, podemos aprender a avanzar confiando en que nuestras limitaciones no tienen que ser el final de nuestra historia.

Jehová Shalom: la paz que transforma el temor

Durante su encuentro con Dios, Gedeón presenció una señal en la que el fuego consumió la ofrenda. Al comprender que había estado ante la presencia divina, sintió temor y pensó que moriría por haber visto al ángel de Jehová cara a cara.

Dios le respondió con un mensaje de paz y le aseguró que no moriría. Después de recibir aquella respuesta, Gedeón construyó un altar y lo llamó Jehová Shalom, expresión que significa «Jehová es paz».

Este episodio muestra el contraste entre el temor que dominaba a Gedeón y la paz que recibió de Dios. Su transformación no comenzó cuando desaparecieron todas las amenazas externas, sino cuando recibió una palabra que cambió su manera de

comprender su relación con Dios.

La paz no siempre significa que las circunstancias se resolverán inmediatamente. A veces comienza cuando dejamos de creer que estamos solos, cuando comprendemos que el rechazo no define nuestra identidad y cuando aprendemos a confiar en el amor de Dios incluso en medio de la incertidumbre.

El precio que Cristo pagó revela nuestro valor

En Mateo 13:44, Jesús presenta la parábola del tesoro escondido en un campo. En la enseñanza desarrollada en este mensaje, el tesoro representa a las personas y el hombre que vende todo lo que tiene para comprar el campo ilustra el valor que Cristo concede a quienes vino a rescatar.

La parábola de la perla de gran precio, recogida en Mateo 13:45-46, también ofrece una imagen significativa. Una perla se forma dentro de una ostra a partir de un proceso que comienza con la presencia de un cuerpo extraño que la irrita. Esta imagen permite reflexionar sobre las heridas personales y recordar que el sufrimiento no tiene por qué destruir nuestro valor.

Las experiencias difíciles pueden dejar marcas, pero esas marcas no tienen que convertirse en la definición de nuestra identidad. El dolor forma parte de algunas etapas de la vida, aunque no determina todo lo que somos ni todo lo que podemos llegar a ser.

El encuentro de Jesús con Zaqueo refuerza esta enseñanza. Zaqueo era un cobrador de impuestos despreciado por muchas personas, pero Jesús lo buscó, lo llamó por su nombre y anunció que se hospedaría en su casa. Su actitud mostró que una persona rechazada por la sociedad no queda fuera del alcance del amor y del propósito divino.

Según 1 Pedro 1:18-19, el rescate de los creyentes no se realizó con elementos corruptibles como el oro o la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo. Efesios 1:6, por su parte, habla de la aceptación que Dios concede en el Amado. Desde esta perspectiva cristiana, el valor personal no depende de la aprobación de la multitud, sino del amor que Dios ha manifestado por medio de Cristo.

Cuando una persona comprende esta verdad, puede dejar de vivir pendiente de los aplausos y de la aprobación constante. Esto no significa que las relaciones o las opiniones de los demás carezcan de importancia, sino que dejan de ser la fuente principal de su identidad.

La obediencia que vence el miedo y derriba los ídolos

Dios pidió a Gedeón que derribara el altar de Baal que pertenecía a su padre y que cortara el poste dedicado a Asera. Gedeón obedeció, aunque lo hizo de noche y acompañado por diez siervos, porque tenía miedo de su familia y de los habitantes de la ciudad.

Su actuación demuestra que la obediencia no siempre comienza con la ausencia de temor. A veces, una persona da un paso de fe mientras todavía siente inseguridad. Lo importante es que el miedo no tenga la última palabra ni impida avanzar hacia aquello que se considera correcto.

Cuando los habitantes descubrieron lo sucedido, quisieron matar a Gedeón. Sin embargo, su padre, Joás, lo defendió y argumentó que, si Baal realmente era un dios, debía defenderse por sí mismo. Después de este episodio, Gedeón recibió el nombre de Jerobaal, relacionado con la contienda contra Baal.

Este cambio representa una transformación significativa. El hombre que inicialmente se escondía por miedo a sus enemigos

comenzó a enfrentarse a aquello que antes parecía dominar su vida.

La historia también invita a reflexionar sobre los ídolos que pueden ocupar un lugar excesivo en nuestra búsqueda de valor. El dinero, la pareja, el trabajo, la popularidad y los aplausos pueden convertirse en fuentes de validación de las que dependemos para sentirnos importantes. Cuando nuestra identidad queda atada a estas cosas, nunca parece suficiente lo que recibimos.

Desde la perspectiva del relato, derribar los altares significa dejar de conceder a esas fuentes externas el poder de definirnos. No se trata de despreciar el trabajo, las relaciones o los recursos materiales, sino de evitar que ocupen el lugar que corresponde a Dios y se conviertan en la medida de nuestro valor.

La victoria de Gedeón y la soberanía de Dios

Después de derribar el altar de Baal, el espíritu de Jehová vino sobre Gedeón y este reunió a un ejército de 32.000 hombres para enfrentar a los madianitas. Sin embargo, Dios ordenó que se retiraran quienes tenían miedo, y el grupo quedó reducido a 10.000. Después de una nueva prueba junto al agua, finalmente quedaron solo 300 hombres.

La reducción del ejército tenía un propósito claro: evitar que Israel atribuyera la victoria a su propia fuerza y olvidara la intervención de Dios. La victoria no dependería de la superioridad numérica, sino de la dirección divina.

Este proceso también puede entenderse como una enseñanza para la identidad de Gedeón. Su valor no debía depender del tamaño de su ejército ni de los recursos que tuviera a su disposición. Si su seguridad hubiera quedado vinculada a la

cantidad de soldados, habría seguido necesitando garantías externas para sentirse capaz.

Incluso después de recibir el llamado, Gedeón todavía experimentaba temor. Dios le permitió descender al campamento enemigo acompañado por su criado para escuchar una conversación entre los soldados. Allí oyó cómo uno de ellos relataba un sueño sobre un pan de cebada que derribaba una tienda. Su compañero interpretó el sueño como una señal de que Dios había entregado a Madián en manos de Gedeón, hijo de Joás.

Lo significativo es que el enemigo reconoció el nombre de Gedeón antes de que él mismo pareciera comprender plenamente lo que llegaría a hacer. El hombre que se había considerado insignificante estaba siendo reconocido como parte del propósito de Dios.

En la batalla, los 300 hombres gritaron: «¡Por la espada de Jehová y de Gedeón!». Esta expresión simboliza, dentro del relato, la manera en que Dios integró a Gedeón en la misión que le había encomendado.

La historia demuestra que sentir miedo no impide necesariamente cumplir un propósito. Gedeón no pasó de la inseguridad a la valentía en un solo instante, sino que avanzó mediante pasos concretos de obediencia y confianza.

Cinco reflexiones para fortalecer nuestra identidad

La historia de Gedeón nos invita a reconocer cinco aspectos fundamentales para revisar nuestra manera de vernos a nosotros mismos.

El primero consiste en identificar nuestro escondite. Necesitamos reconocer qué situaciones, temores o experiencias nos han llevado a ocultar nuestros dones, guardar silencio o

renunciar a nuestros sueños. Ponerle nombre a ese lugar es el primer paso para comenzar a salir de él.

El segundo es cuestionar las etiquetas que hemos recibido. No todo lo que otros han dicho sobre nosotros es cierto, y una experiencia negativa no tiene que convertirse en una definición permanente. Conviene examinar esas palabras a la luz de lo que creemos acerca de Dios y de nuestra identidad.

El tercero es recordar nuestro origen. Según Génesis 2:7, fuimos formados del polvo de la tierra y recibimos el aliento de vida de Dios. Esta verdad nos recuerda que somos frágiles, pero también que nuestra existencia posee dignidad.

El cuarto consiste en recordar el precio pagado por Cristo. La enseñanza de 1 Pedro 1:18-19 nos dirige a la sangre preciosa de Jesús como fundamento del rescate. Desde esta perspectiva, no necesitamos convertir la aprobación humana en la medida definitiva de nuestro valor.

El quinto es dejar de buscar validación constante en la multitud. Podemos apreciar las palabras de ánimo y aceptar el reconocimiento sin depender de ellos para sentirnos dignos. La aprobación externa puede ser agradable, pero no debe convertirse en el fundamento de nuestra identidad.

Estas reflexiones nos animan a abandonar el autodesprecio y a distinguirlo de la humildad. Decir constantemente que no servimos para nada no es necesariamente una expresión de modestia; puede reflejar una visión de nosotros mismos que necesita ser revisada. Reconocer el valor que Dios nos concede no significa creernos superiores, sino aceptar con gratitud aquello que hemos recibido.

Ejercicios prácticos para

fortalecer la autoestima

El aprendizaje de la historia de Gedeón puede llevarse a la práctica mediante acciones sencillas y concretas. Un primer ejercicio consiste en pronunciar en voz alta una afirmación personal que recuerde nuestra identidad ante Dios: «No soy un rechazo ni un estorbo; soy precioso para el Señor». Repetirla puede ayudar a cuestionar las palabras negativas que hemos interiorizado y a dirigir nuestra atención hacia una perspectiva diferente.

También resulta útil identificar nuestro propio lagar. Podemos escribir en una hoja los dones, los llamados, las capacidades o los sueños que hemos mantenido ocultos por miedo o por falta de confianza. El objetivo no es juzgarnos por aquello que no hemos hecho, sino reconocer qué aspectos de nuestra vida necesitan atención.

Después, podemos compartir uno de esos sueños con una persona de confianza y orar juntos. Expresar lo que llevamos dentro puede ayudarnos a ordenar nuestros pensamientos y a reducir el poder que tienen los temores cuando permanecen guardados en silencio.

El siguiente paso consiste en actuar de manera gradual. No es necesario resolverlo todo de una vez. Podemos realizar una llamada pendiente, inscribirnos en una actividad, presentar una idea o ofrecer nuestra ayuda en alguna tarea. Cada acción concreta puede convertirse en una oportunidad para avanzar a pesar de la inseguridad.

Otro ejercicio consiste en reescribir las etiquetas negativas que hemos recibido y contrastarlas con pasajes bíblicos como el Salmo 139:14 y Efesios 2:10. Leer estos versículos en voz alta cada mañana puede servir como recordatorio de la dignidad y el propósito que encontramos en la fe.

También podemos practicar la humildad verdadera aprendiendo a

recibir los cumplidos con gratitud, sin minimizar nuestras capacidades ni cambiar de tema para evitar el reconocimiento. Aceptar una palabra amable no es un acto de orgullo. Es posible agradecer a Dios por aquello que nos ha permitido desarrollar y reconocer el esfuerzo que hemos realizado.

Una práctica adicional consiste en escribir tres aspectos de nuestro carácter, de nuestro cuerpo o de nuestra historia personal por los que damos gracias a Dios. Este ejercicio nos ayuda a prestar atención a lo que solemos pasar por alto y a comprender que reconocer lo bueno no significa negar nuestras dificultades.

La lectura de Mateo 13:44-46 también puede convertirse en una reflexión personal. Después de leer las parábolas del tesoro escondido y de la perla de gran precio, podemos escribir una frase que recuerde lo que Cristo entregó para rescatar a los seres humanos y reflexionar sobre el significado de ese sacrificio para nuestra identidad.

La atención hacia los demás forma parte de este proceso. Podemos contactar a una persona que quizá se sienta sola, ya sea un vecino, un compañero o un familiar, y dedicar unos minutos a escucharla y recordarle que su vida tiene valor. A veces, una llamada sencilla puede abrir un espacio de compañía que alguien necesita.

Finalmente, podemos identificar un altar de aprobación en nuestra propia vida. Quizá se trate de la necesidad de revisar constantemente las redes sociales, de buscar elogios en el trabajo o de depender demasiado de la opinión de una persona. Un ejercicio práctico consiste en tomar distancia de esa fuente de validación durante siete días y observar cómo nos sentimos.

Durante esa semana, podemos orar y repetir nuestra afirmación personal cada vez que aparezca la tentación de buscar aprobación externa. Al terminar, conviene anotar las

emociones, los pensamientos y los cambios que hayamos observado. El propósito es aprender a relacionarnos con esas necesidades de una manera más consciente y fortalecer una identidad que no dependa exclusivamente de la respuesta de los demás.

Salir del escondite y vivir con propósito

La historia de Gedeón nos recuerda que es posible dar pasos significativos incluso cuando todavía sentimos miedo. Dios no esperó a que Gedeón se convirtiera en un guerrero reconocido para llamarlo valiente. Lo encontró escondido, escuchó sus preguntas y le mostró que su presencia podía acompañarlo en el cumplimiento de una misión mucho mayor de lo que imaginaba.

De la misma manera, no necesitamos esperar a sentirnos completamente seguros para comenzar a cambiar. Podemos reconocer nuestras heridas, cuestionar las etiquetas que nos han limitado y avanzar poco a poco hacia una vida en la que nuestros dones no permanezcan escondidos.

El rechazo no define nuestra identidad, las circunstancias no determinan por completo nuestro futuro y la aprobación de la multitud no es la medida definitiva de nuestro valor. Desde la fe cristiana, nuestra dignidad está vinculada a haber sido creados por Dios y al amor manifestado por Cristo.

Salir del escondite significa atrevernos a ser vistos, reconocer nuestras capacidades, aceptar nuestras limitaciones sin despreciarnos y dar pasos de obediencia aun cuando tengamos dudas. También significa dejar de construir altares a la aprobación ajena y aprender a recibir con gratitud la identidad que encontramos en Dios.

Oración para reconocer nuestro valor ante Dios

Señor, hoy te pido que cambies la manera en que me veo y que me ayudes a comprender mi valor desde tu perspectiva. Te entrego los rechazos, las heridas y las etiquetas negativas que he cargado durante tanto tiempo. Ayúdame a dejar de definir mi vida por las palabras de otras personas y a recordar que mi identidad no depende de la aprobación de la multitud.

Perdóname por las veces en que he confundido la incredulidad con la humildad y he repetido que no soy capaz, que no tengo valor o que no puedo cumplir el propósito que has puesto delante de mí. Perdóname también por buscar en los aplausos, en las opiniones ajenas y en las cosas materiales una seguridad que necesito aprender a encontrar en ti.

Dame valor para salir de mi escondite, reconocer los dones que me has dado y dar pasos concretos a pesar del miedo. Ayúdame a derribar los altares de aprobación que he levantado en mi corazón y a no depender de ellos para sentirme importante.

Te pido que traigas sanidad a mis heridas, paz a mis pensamientos y dirección a mis decisiones. Enséñame a caminar con humildad, a reconocer mis limitaciones sin despreciarme y a aceptar con gratitud el valor que me has concedido. Que pueda vivir con la confianza de que tu presencia me acompaña y de que, por medio de Cristo Jesús, puedo encontrar amor, aceptación y propósito. Amén.

Conclusión: tu valor no depende de la opinión de los demás

Gedeón comenzó su historia escondido, con miedo y convencido de que no era la persona adecuada para liberar a Israel. Sin

embargo, Dios lo llamó valiente, le aseguró su presencia y lo condujo paso a paso hacia el propósito que tenía para él.

Su experiencia nos recuerda que la inseguridad no tiene por qué definirnos y que la verdadera humildad no consiste en despreciar lo que somos. Podemos reconocer nuestras limitaciones sin negar nuestras capacidades, aprender de las heridas sin permitir que determinen nuestra identidad y avanzar con fe aunque todavía sintamos temor.

El valor personal, desde la perspectiva bíblica, se fundamenta en el aliento de vida que Dios nos dio y en el amor manifestado por Cristo. Por eso, no necesitamos vivir atrapados en la búsqueda permanente de aprobación. Podemos salir de nuestro escondite, utilizar nuestros dones y comenzar a dar los pasos que tenemos delante.

Así como Dios miró a Gedeón y le recordó que estaba con él, esta historia nos invita a reflexionar sobre nuestra propia identidad, a recibir su paz y a caminar con confianza hacia el propósito que tenemos por delante.